

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Dios omnipotente y lleno de misericordia, separad de nosotros todo lo que puede contrariar á nuestro verdadero bien, á fin de que, no teniendo nada ni en el cuerpo ni en el alma que nos impida ir á vos, cumplamos sin obstáculo todo lo que mira á vuestro servicio. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola es del cap. 4 de la carta del apóstol san Pablo á los Efesinos.

Hermanos míos : Renovaos en espíritu, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido criado á la semejanza de Dios, en la verdadera justicia y en la verdadera santidad. Para lo cual, dejando la mentira, hablad todos con vuestro prójimo el idioma de la verdad, porque somos miembros los unos de los otros. Cuando os irritáreis, guardaos de llevar vuestra ira hasta pecar por su exceso. No se ponga el sol sobre vuestra ira. No deis entrada al demonio. El que usurpaba la hacienda de otro, que no la usurpe ya, antes bien trabaje con sus manos en alguna ocupacion honesta para tener con que socorrer al que tiene necesidad.

NOTA.

Crean los intérpretes que san Pablo ha tratado en esta epistola de combatir no solo á los cristianos que judaizaban, sino tambien á los que, habiéndose convertido del paganismo, conservaban cierta secreta inclinacion á la idolatría, á la magia y al libertinaje.

REFLEXIONES.

No se ponga el sol sobre vuestra ira. Pocas pasiones hay mas odiosas ni mas indignas de un hombre de bien y de un cristiano que la ira. Los pueblos mas bárbaros la han reprobado luego que se han hecho

fieles: la dulzura, la afabilidad y la moderacion son inseparables de la virtud. La cólera es un frenesí contra la verdad, que constituye una verdadera locura: va siempre acompañada de furor y de una especie de enajenacion del ánimo. En efecto, ¿qué significan esas emociones imprevistas del alma, que no le dejan tiempo de deliberar; todos esos arrebatos impetuosos, tan semejantes á los accesos de una fiebre ardiente, y á los encendimientos que se dejan ver en el rostro alterado; esas miradas furiosas, esas palabras ofensivas, esas furias violentas, siempre prontas á deshacerse en tormentas? ¿son estas señales de un hombre sabio? Todo el mundo conviene en que nada debe esperarse de la razon de un hombre colérico; la agitacion de la sangre no es el único efecto de su bilis; no hay pasion que muestre ni que pruebe tanta flaqueza de ánimo como esta (1). ¡Y qué estragos, qué resultados tan funestos se siguen de estos arrebatos! ¡si á lo menos esta pasion violenta no tomase las armas mas que para defender la justicia y la razon! por el contrario, es siempre su enemiga. Una palabra fuera de propósito, escapada sin designio; una necedad de un criado, sin malicia, ordinariamente una nada es lo que ocasiona tanto estrépito. Hé aqui frecuentemente la chispa que causa un grande incendio. Una pequeña nube en medio de un tiempo sosegado estalla en truenos y en rayos. ¿Qué virtud puede crecer en un suelo sujeto á tantas borrascas? No hay cosa mas estéril que las montañas que de tiempo en tiempo vomitan turbillones de fuego. ¡Buén Dios! ¡cuándo se conocerá la sinrazon de una pasion tan irracional! ¿Qué estima, qué auto-

(1) Eccles. 75.

ridad aun puede conservar en su familia ó con sus domésticos una persona que no puede dominar su mal humor, ni prevenir ó á lo menos reglar sus primeros movimientos? Esos aires siempre duros, esos tonos eternamente amenazadores, esos torrentes de injurias, ¿endulzan mucho los ánimos? ¿ganan los corazones? ¿Hácese ninguno mas respetable á fuerza de estar colérico y siempre pronto á prender fuego con la menor chispa? ¿es uno mas amado? ¿está mejor servido? ¿es menester cometer una falta para reprender otra? Olvidase alguna cosa á un criado, á un hijo, á un doméstico; ¿y no se les puede advertir su obligacion sino poniéndose furioso? El mal humor desagrada é irrita, la cólera espanta, aturde, pero no corrige. ¿Habrá de ser siempre la pasion la que pueda corregir el vicio? ¿Porqué no se han de reparar las faltas con dulzura? Un señor debe reprender como padre que corrige, y no como enemigo que se venga; si es el amor de la virtud el que nos hace tan zelosos de la perfeccion de los demás, es preciso que nuestro zelo comience por nosotros: el medio de tener una ira justa é inocente, dice el Profeta, es no encolerizarse sino contra sí mismo, contra sus propios defectos. ¿Qué ilusion la de pretender lisonjearnos que tenemos piedad, mientras que se alimenta la pasion que viola las leyes mas santas, y destruye las máximas mas puras! Cualquiera que se irrita contra su hermano, dice el Salvador del mundo, merece ser condenado. La dulzura, la afabilidad, la paciencia son virtudes ordinarias en las gentes de bien. Es menester siempre mezclar el aceite con el vino para curar las llagas.

El evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Mateo, cap. 22.

En aquel tiempo: Hablando Jesus á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos en parábolas, les dijo: El reino de los cielos es semejante á un rey que celebraba las bodas de su hijo, el cual envió á sus criados para que hiciesen venir á los que estaban convidados á ellas: mas estos no quisieron ir. Envío de nuevo otros criados, y les dijo: Decid á los que están convidados: Hé aquí que está ya preparado mi festin; mis bueyes y las aves que he cebado están muertos; todo está pronto; venid, pues, á la boda. Mas estos no hicieron aprecio, y se marcharon, el uno á su quintería, el otro á su tráfico. Los otros se apoderaron de los criados, y despues de haberles hecho mil ultrajes los mataron. Cuando el rey supo esto se irritó, y enviando sus tropas, hizo perecer á los asesinos, y quemó su ciudad. Entonces dijo á sus criados: Todo está preparado para la boda; mas los que estaban convidados no fueron dignos. Id, pues, á las encrucijadas de los caminos, y á todos los que encontráreis en ellas convidadlos para la boda. Salieron en efecto los criados á los caminos, y reunieron todos los que encontraron, buenos y malos, de suerte que los asientos del festin quedaron llenos. Habiendo el rey entrado para ver los que estaban colocados, advirtió en uno que no estaba vestido con la ropa de boda, al cual le dijo: Amigo mio, ¿cómo has entrado aquí sin tener puesto el vestido de boda? Y el hombre quedó mudo. Entonces el rey dijo á sus oficiales: Atadlo de piés y manos, echadlo fuera en las tinieblas; allí no habrá mas que llantos y crujir de dientes; porque son muchos los llamados, pero pocos los elegidos.

MEDITACION.

SOBRE EL PEQUEÑO NÚMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no solo es pequeño el número de los que se salvarán con respecto á la multitud cuasi in-

numerable de infieles, de herejes y de cismáticos, sino tambien con respecto á la muchedumbre asombrosa de fieles que se pierden en el seno mismo de la Iglesia. Pocas verdades hay mas terribles, y ninguna acaso mas clara, ni mas sólidamente establecida que esta.

Entrad por la puerta estrecha, nos dice el Hijo de Dios, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y grande el número de los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta, qué estrecho el camino que conduce á la vida, y qué pocos son los que dan con la entrada!

Muchos son los llamados, dice en otra parte (1); pero de estos mismos llamados son pocos los elegidos. Habiendo esta terrible verdad, que el Salvador repetía con tanta frecuencia á sus discipulos, movido á alguno de ellos á hacerle esta pregunta: Señor, ¿tan pequeño es el número de los que se salvan (2)? el Hijo de Dios para no espantar á los que le escuchaban, pareció como que queria eludir la cuestion, contentándose con decirles por toda respuesta: Hijos míos, la puerta del cielo es estrecha (3); haced todos los esfuerzos que pudiéreis para entrar por ella.

El Apóstol, lleno del espíritu de su divino Maestro (4), compara indiferentemente á todos los cristianos á los que corren en la lid: todos corren, dice, pero solo uno es el que lleva el premio de la carrera: y para darnos bien á entender que hablaba de los fieles, trae el ejemplo de los israelitas, en cuyo favor habia hecho Dios un número prodigioso de maravillas. Todos habian sido bautizados, dice, por ministerio de Moisés en la nube y en el mar, y de mas de

(1) Math. 20. — (2) Luc. 13. — (3) *Ibid.* — (4) I. Cor. 10.

seiscientos mil hombres capaces de tomar las armas, sin contar las mujeres y los viejos, que habian salido de Egipto para ir á la tierra de promision, solamente dos, Caleb y Josué, entraron en ella. ¡Espantosa figura! ¿y son menos espantosos los ejemplos?

De todos los habitantes del universo una sola familia se libró de las aguas del diluvio. De cinco grandes ciudades que fueron consumidas por el fuego del cielo, solas cuatro personas se salvaron del incendio. De tantos paralíticos que esperaban al rededor de la piscina, no era mas que uno el que se curaba cada vez. Isaias compara el número de los elegidos al pequeño número de aceitunas que quedan en los olivos despues de la recoleccion, y á los pocos racimos que se escapan á la vigilancia de los vendimiadores. ¡Buen Dios! aun cuando fuese verdad que de diez mil personas solo una deberia condenarse, yo deberia aun temblar y temer no fuese yo este desgraciado. ¡Ah! tal vez de diez mil apenas se salve una: ¡y yo vivo tranquilo! ¡y yo nada temo!

¡Ah, dulce Jesus mio! ¡qué temible es esta letárgica seguridad! Yo marchó por el camino espacioso con la multitud: ¿y espero llegar al término del camino estrecho? ¡Qué confianza tan irracional!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aun cuando la fe no nos enseñase esta terrible verdad, supuestos ciertos principios del Evangelio en que convienen todos los cristianos, bastaria la sola razon para convencernos que el número de los que se salvan debe ser pequeño.

Instruidos de las verdades de nuestra religion, informados de los deberes del cristiano, convencidos

de nuestra inclinacion al mal, y de la licencia de las costumbres de las gentes del siglo, ¿puede concluirse que habrá muchos que se salven?

Para salvarse es preciso necesariamente vivir segun las máximas del Evangelio: ¿y es muy grande el número de los que en el día de hoy viven segun estas máximas?

Para salvarse es menester declararse altamente discípulo de Jesucristo. ¡Ah! ¡cuántos hay en el día de hoy que se avergüenzan de parecer tales! Es menester renunciar, ó en el efecto ó con el afecto, á todo lo que se posee, es menester llevar su cruz todos los dias. ¡Qué inalterable pureza! ¡qué delicadeza de conciencia! ¡qué humildad tan sincera! ¡qué probidad tan edificante! ¡qué piedad tan sólida! ¡qué rectitud! ¡qué caridad, se necesitan para ser discípulo de Jesucristo! Y por estas señales ¿son muchos los que podrán reconocerse por tales?

El mundo es el enemigo irreconciliable de Jesucristo; no es posible servir á un tiempo á estos dos señores: juzguemos ahora ¿cuál de los dos tiene mas que le sirvan?

No basta el no vengarse para conseguir la salvacion, es menester tambien amar á los que nos maltratan; no basta condenar las malas acciones, es preciso igualmente mirar con horror los menores pensamientos criminales. No solo no es permitido retener los bienes de otro, es preciso tambien asistir á los pobres con los propios bienes. La ley cristiana reprobaba todo fausto, todo lujo, toda ambicion; la modestia debe ser el mas bello ornamento de una persona cristiana. ¿Reconócense muchos cristianos por este retrato?

Sabemos cuál es el primer mandamiento de la ley de Dios: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu, y á tu prójimo como á ti mismo. Este es el primero de los mandamientos, y la base de todos los demás: reflexionemos todas estas palabras, y concluiremos que deben ser pocos los que se salven, porque no hay muchos que guarden este mandamiento.

El Evangelio es la regla de las costumbres: ¿cuántos viven el día de hoy segun las máximas del Evangelio? Para entrar en el cielo es menester, ó no haber perdido jamás la gracia, ó haberla recobrado por una sincera penitencia: ¿y es muy grande el número de los justos, ó de los verdaderos penitentes? Conforme, pues, á todas estas pruebas sacadas de nuestra propia razon, juzguemos si debe haber muchos que se salven; ó mas bien concluyamos que aun cuando el Hijo de Dios no se hubiera explicado tan claramente sobre este pequeño número, nos vemos forzados por la misma razon á confesar que habrá pocos que se salven.

¡Mi dulce Jesus, que habeis muerto por la salvacion de todos los hombres, no permitais que yo sea del número de los que se pierdan! Si, divino Salvador mio, perezca el que quiera; por lo que hace á mí, aun cuando no debiera haber mas que un hombre solo que se salvase en todo el universo, sabiendo que yo puedo ser este, quiero, con el auxilio de vuestra gracia, serlo yo.

JACULATORIAS.

¡O mi Dios! ¡salvad á vuestro siervo que pone en vos solo su esperanza! *Salmo 85.*

¡Ah, Señor! ¡qué estrecho es el camino que lleva á la vida, y qué pocos son los que hallan la entrada de él. *Mat. 7.*

PROPOSITOS.

1.º Es evidente que serán pocos los que se salven, en atención á la multitud asombrosa de cristianos que se pierden. Mas aun cuando este número debiese ser todavía mas pequeño de lo que es, es preciso, á cualquier precio que sea, ser de este número pequeño. Para esto tomemos una resolucion decidida de poner en movimiento todos nuestros talentos y toda nuestra industria, de no omitir nada para un negocio de esta consecuencia. El camino que conduce á la vida es estrecho: por mas que el amor propio, por mas que todas las pasiones exclamen, no hay dos caminos. Resolvámonos desde este momento á hacer los últimos esfuerzos para entrar por la puerta estrecha. Huyamos de todo director, de todo doctor blando, porque son malas guías. El camino es estrecho, representémosle aun escabroso, difícil, sobre todo cuando se va por él cargado con una cruz; pero ¿hay en que escoger cuando es único? Jesucristo no nos ha enseñado otro; no hay uno de los que se han salvado, que no le haya seguido. ¿Hemos nosotros encontrado algun otro? Este camino es poco frecuentado; guardémonos bien de ir con la multitud: el tumulto que causa, y el polvo que levanta, impiden que se vea su extravío; pero sin duda con la multitud nos perdemos.

Huyamos del gran mundo, miremos con horror sus máximas, y sobre todo la que quiere que se viva y se obre siempre como los demás. No nos presentemos jamás en los espectáculos ni en bailes; evitemos por religion todos los placeres y todas las reuniones mundanas; é impongámonos una ley, y hagamos como un punto de honor de pertenecer al pequeño número de almas piadosas, humildes, fervorosas, que se complacen en sus deberes, que viven en el recogimiento, á quienes el mundo no puede echar en cara otra cosa que el ser muy modestas, muy reservadas, muy religiosas, que el no concurrir á sus placeres ni á sus fiestas. Acordémonos que el reino de los cielos no es dado mas que á la pequeña grey. Es, pues, una verdad que aunque todos sean llamados, son pocos los escogidos, porque hay pocos que vivan segun las leyes y las máximas del Evangelio. No tengamos otra regla por donde ordenar nuestra conducta que este Evangelio; y cueste lo que cueste, es menester que seamos del pequeño rebaño.

2.º ¿No sabeis, decia san Pablo (1), que los que corren en la lid, todos corren á la verdad, pero uno solo es el que lleva el premio? corred de manera que lo obtengáis. Para esto, además de los avisos precedentes, observemos los que siguen: 1.º Hagamos de continuo la corte á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Pongamos toda nuestra confianza en este divino Salvador, y profesémosle un amor tierno y respetuoso en este adorable misterio. 2.º La frecuente comunión con las disposiciones necesarias asegura, por decirlo así, la salvacion, y alimenta al alma con el pan de los fuertes. *Porque ¿qué es lo que el Señor tiene bueno*

(1) I. Cor. 9.

y excelente que dar á su pueblo, sino el trigo de los elegidos, dice el profeta Zacarías? (1). 3.º Una devoción tierna y perseverante á la santísima Virgen ha sido mirada siempre en la Iglesia como una señal visible de predestinación. San Juan Damasceno la llama la *prenda segura de nuestra salvación* (2). *Los que hubieren ganado la gracia de María, serán conocidos como conciudadanos suyos por los habitantes del paraíso; y el que estuviere marcado con este sello, será escrito en el libro de la vida* (3). Recemos todos los días la *Salve Regina* para obtener por la poderosa intercesión de la santísima Virgen la gracia de ser del pequeño número de los que se salvan.

VIGESIMO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

El vigésimo domingo despues de Pentecostés puede llamarse el domingo del oficial de Cafarnaum, que es el asunto del evangelio de la misa de este día. Todo es instrucción en este evangelio, lo mismo que en la epístola. Aquel instruye el entendimiento; esta el corazón. Jesucristo nos enseña cuán viva debe ser la fe; y san Pablo cuán puras deben ser las costumbres. Así es como la Iglesia escoge para los domingos del año lo que es más á propósito para despertar nuestra fe, y alimentar nuestra esperanza.

El introito de la misa está tomado de la oración que hizo á Dios Azarías, uno de los tres jóvenes hebreos,

(1) Zac. 9. — (2) In N. B. V. — (3) Bon. in sal. 10.

que, por haber rehusado constantemente tributar á la estatua de Nabucodonosor los honores debidos al solo verdadero Dios, fueron arrojados en un horno ardiendo, el cual se convirtió para ellos en un lugar de refrigerio, en donde cantaban las alabanzas al Señor, y en el que Azarías hizo á Dios la oración de la cual están tomadas las palabras de que se forma el introito de la misa.

Nada habeis hecho, Señor, con nosotros, que no sea justísimo. Por nuestros pecados hemos merecido los castigos que sufrimos; por mas pesada que sea la mano que nos hiere, por extremos que sean nuestros males, todavía no igualan á nuestra iniquidad. *Confesamos, Señor, que hemos pecado, y que hemos desobedecido vuestros mandamientos,* despreciado vuestra santa ley, y violado todos vuestros preceptos. Pero, ó Dios lleno de bondad, vos sois aun mas misericordioso que nosotros criminales. Nada contribuirá mas á la gloria de vuestro nombre que la indulgencia con que tratáreis á este pueblo ingrato y rebelde. Reconocemos que son enormes nuestros pecados; pero sabemos que vuestra misericordia es infinita, y que nosotros no podemos agotarla. Inclinaos, Señor, á nuestros gemidos y á nuestras lágrimas, y dignaos tener misericordia con un pueblo que habeis amado tanto.

De este modo debe pensarse, y así se debe hablar en todos los accidentes molestos, en todas las aflicciones, y en todas las calamidades públicas. Bendito seais, Señor, por todas las adversidades que nos suceden; por mas severo que sea el castigo, nuestros pecados merecen mucho mas, y siempre nos castigaréis mucho menos de lo que